

plina y el honor militar, á un ejército nacional impulsado en una guerra justa por la fuerza moral y el patriotismo. Por otra parte, á excepcion del sueldo y de la esperanza de botín, ningun lazo de union existía entre los mercenarios y el Estado cartaginés, siendo muy contados los generales púnicos que supiesen atraerse con su valor personal las simpatías de sus tropas y hacer sentir en estas interés por la causa que defendían; esto sin contar con la cólera en que montaban los mercenarios contra los oficiales cuando se les trataba con pocas consideraciones ó cuando no se les pagaba puntualmente el sueldo, pues entonces todas las malas pasiones de una masa armada se volvian con cruel salvajismo contra los infelices representantes de la orgullosa ciudad mercantil y contra la ciudad misma que tan codiciados tesoros contenía.

A estas desventajas militares tuvieron que añadir los cartagineses un grave inconveniente, que se hizo notar especialmente cuando la suerte se volvió contra ellos, y los romanos comenzaron á establecerse sólidamente en Africa. Este inconveniente era la situacion de los cartagineses respecto de sus súbditos. Los romanos usaron, como hemos visto, en su política interior, de cierta severidad y egoismo, pero el modo como habian organizado su dominacion en Italia fué tan delicado y artístico, que no era de temer un fácil levantamiento; además el excelente gobierno del Senado, su solitud por la seguridad y los intereses de sus aliados itálicos; la prudencia con que se habia evitado la imposicion de contribuciones en Italia; y, por último, la sábia concesion de los derechos de ciudadanía romana á los diversos miembros del Estado, fueron causa de que los itálicos, á excepcion de los samnitas, se reconciliaran con la soberanía de la ciudad del Tiber.

No acontecia así en el Africa; pues en el imperio cartaginés dominaba únicamente el mas frío egoismo: aquí la capital solo significaba algo, cuando hubiera debido significarlo todo. La ciudad dominante del comercio púnico se habia aislado políticamente de los demás miembros del Estado, con una sola excepcion. Cartago guardaba los frutos de su política y de sus armas exclusivamente para sus propios ciudadanos, los cuales no se encontraban, por otra parte, sujetos á contribuciones directas. Y como la aristocracia mercantil procuraba con toda su energía monopolizar en el puerto de la capital todo el comercio con el extranjero, no se ofrecía á las distintas capas de la poblacion sojuzgada la perspectiva de que mejorara gradualmente su situacion política, y de que algun dia fuesen admitidas al derecho cartaginés de ciudadanía. Los súbditos propiamente dichos, por regla general, no debían á Cartago mas que el severo régimen de los funcionarios púnicos y una verdadera explotacion financiera y militar. Los mismos libio-fenicios, afines de raza de los cartagineses, eran mirados con desconfianza por la capital y tratados con extraordinario egoismo, siendo considerados como súbditos y pesando sobre ellos cargas sin cuento; y aun cuando disfrutaban los mismos derechos y los mismos honores que los cartagineses, se vieron obligados á derribar sus murallas. Solo la antigua aliada, Utica, con la cual existían relaciones amistosas desde antiguos tiempos, habia podido conservar su independencia y sus muros. En tales circunstancias, los cartagineses corrían un gran peligro, en caso de una expedicion extranjera al Africa, como habian ya tenido ocasion de experimentarlo en tiempo de Agatocles. Por un lado la capital, como única fortaleza púnica, era siempre el principal objetivo de todo ataque y la sola plaza fuerte que ofrecía segura defensa á los cartagineses, y, por otro, estos solo podían contar en los tiempos de desgracia con las simpatías de Utica, pues los demás elementos del Estado sentían naturales tendencias á la sublevacion, tenden-

cias que no habian podido dominar las crueldades de Cartago. La política interior de los mercaderes dominantes era tal, que no habia logrado hacerse con un partido entre sus súbditos. Solo existía un partido púnico en los dominios de los caudillos nómadas mas ó menos libres y en la isla de Sicilia, que habian sido objeto de un trato mas prudente y considerado.

Por último, la vida interna del pueblo cartaginés propiamente dicho, á pesar de algunas condiciones excelentes, era, para una guerra como la que debia sostener á la sazón Cartago, muy inferior tambien á la de los romanos. Salvas las simpatías que aun hoy inspiran á los hombres dotados de nobles sentimientos las figuras heroicas de Amílcar Barca y Anibal, el trágico y patriótico fin de la noble é infeliz princesa Sofonisba, y la heroica lucha á muerte de la ciudad africana, nos es mucho mas simpático el modo de ser de los helenos é itálicos que el de los fenicios, que tantos puntos de contacto tiene con el de los africanos, entre los cuales se conservaban los horrores de la religion fenicia con sus crueldades, molice y sacrificios á Moloch. Este pueblo enérgico, infatigable, diligente, ambicioso, trabajador, aunque tambien lúgubre, vengativo y salvaje, nos ofrece un número escaso de grandes personalidades, mientras que vemos tantas en Grecia y en la península de los Apeninos. Bajo el punto de vista político fué tambien trascendental el hecho de no existir en Cartago aquellas valiosas condiciones que encontramos en el jóven, austero y poderoso pueblo romano. Ambos Estados se regían, es cierto, aristocráticamente; pero en Roma la existencia aristocrática descansaba en el carácter fundamental de la nacion. En su constitucion, que era la de un gran pueblo libre y gobernado por sí mismo, ejemplo único y no imitado en la antigüedad, existía de hecho un prudente equilibrio entre los elementos aristocráticos y los buenos elementos democráticos de la nacion. El Senado que se renovaba, y adquiría constantemente nuevas fuerzas, era considerado y respetado como una «asamblea de reyes» que resumía en sí toda la sabiduría política del pueblo. Por efecto de la severidad de la administracion y de la responsabilidad personal, existía en Roma una relacion de respeto mutuo entre el pueblo y el gobierno y una gran confianza entre el Senado y los representantes del poder director, que nunca se veían perseguidos por una mezquina desconfianza en la fortuna, ni por sangrientas venganzas en la desgracia.

No sucedía así en Cartago, donde dominaba la mas extraordinaria y violenta desconfianza oligárquica, y donde los elementos aristocráticos ó, por mejor decir, oligárquicos, habian alcanzado inusitada preponderancia. Durante mucho tiempo pareció que el elemento monárquico militar debia llegar á ser poder en Cartago. Cuando en Roma se pasó de la monarquía al gobierno de los patricios, no parecia de todo punto imposible que la familia de Magon, notable por sus riquezas y por su grandeza militar, consiguiese apoderarse de la direccion del Estado, así en la guerra como en la paz, y de la administracion de justicia. Los temores que sentía la aristocracia por su situacion dominante, provocaron, en tales circunstancias, á mediados del siglo quinto, es decir, en la época del Decenvirato en Roma, una modificacion en la constitucion cartaginesa, que tendía á crear un nuevo consejo de gobierno formado por elementos puramente oligárquicos, cuyas funciones habian de dirigirse tan solo á la proteccion de los intereses de la oligarquía. Tal era el Colegio de los cien (propiamente ciento cuatro) nobles que, completándose, por medio de una especie de cooptacion aristocrática con los que habian sido cuestores, debían ser legalmente elegidos cada año, por mas que en la práctica gobernaron por espacio de muchos años y á veces durante toda la vida. Con-

fiado á ellos el derecho de revision política y de exigir la responsabilidad á los generales, á los sufetas y á los consejeros del gobierno, se fueron asimilando poco á poco, como los eforos espartanos, la inspeccion sobre todas las ramas de la administracion del Estado, de tal suerte, que aquel consejo, que imponía fuertes castigos y á veces la pena de muerte, adquirió paulatinamente la preponderancia dentro del Estado. En Cartago existía por parte de los comerciantes y propietarios aristocráticos una gran desconfianza respecto de sus gobernantes, que iban perdiendo cada vez mas su antigua importancia. El demos, que tambien se mostraba en su mayoría envidioso, no tenia ni con mucho la fuerza moral que en el romano admiramos: formado sin una sólida clase media agrícola ó industrial, compuesto de masas desprovistas de bienes que apenas participaban de los ricos medios con que contaba la colosal ciudad mercantil é industrial, desorganizado, sin jefes, dominado en parte por el oro de los oligarcas, intranquilo é indisciplinado, hubiera podido adquirir, sin embargo de todo, la debida fuerza, cuando la guerra con Roma iba á conmover gravemente la situacion dominante de la oligarquía. En efecto, cuando los infelices generales de tercer órden á quienes, por sus faltas políticas y grandes derrotas, habia castigado la crueldad de los cien con la mas ignominiosa de las muertes, fueron sustituidos por los héroes de la familia de los Barcas, estos, con auxilio del demos, esperaron poder derribar la oligarquía. Tal era el estado en que se encontraban los elementos del reino africano, contra el cual debían los romanos sostener su primera importante campaña.

IV. — LUCHA CON AGRIGENTO (262). CONSTRUCCION DE LA ESCUADRA DE GUERRA ROMANA

Las luchas de los años 264 y 263 antes de Jesucristo fueron tan solo los preludios de las grandes operaciones que hubieron desde entonces de presenciar los atónitos contemporáneos del Oriente griego y helénico, y que debían llevarles de la admiracion al sobresalto. Los cartagineses ya en 262 habian terminado sus preparativos, dejándose entonces entrever el carácter que tendria la guerra, en tanto que los romanos se viesen obligados á luchar por tierra. La tarea principal de los cartagineses consistía, por el momento mas que nunca, en arrojar á los romanos de Sicilia, y á esto aspiraba Anibal, hijo de Giskon, que con 50,000 hombres se hallaba acuartelado en Agrigento. Al propio tiempo, el almirante Hannon, con el ejército y la armada, debia, desde Cerdeña, atacar las costas itálicas, á fin de debilitar la accion de los romanos en Sicilia. Estos, sin embargo, no se dejaron enganar por tal estratagema, antes al contrario, los dos cónsules de aquel año Lucio Postumio Megelo y A. Mamilio Vitulo, se dirigieron con sus cuatro legiones á Sicilia para precipitarse con impetu sobre Agrigento. Aun cuando el almirante Hannon molestó sin cesar las costas itálicas, asolando ó incendiando las ciudades abiertas, destruyendo los monumentos y plantaciones, y reduciendo á los prisioneros á dura esclavitud, la actividad y energia de los romanos consiguieron concentrar la lucha en un solo punto y convertirla en una guerra de sitios y bloqueos. Anibal vióse cercado en Agrigento, pues los romanos que habian recibido numerosas tropas de refuerzo de Mesana, Siracusa y otras ciudades sicolias, procuraban apoderarse á toda costa de aquella ciudad. Tarea era esta difícil en extremo para los romanos, tanto por el estado de atraso en que se encontraba la guerra de sitio entre ellos, como porque Agrigento, por sus fortificaciones y sobre todo por su situacion, era considerada en aquel tiempo como inexpugnable. En efecto, la ciudad alzaba base en una casi inaccesible meseta rodeada de abruptos

peñascos, en el punto de confluencia del Hypso y del Agrigento: la única probabilidad de éxito que su situacion ofrecía á los sitiadores era que se hallaba á 18 estadios de la costa y no tenia puerto propio. La cuestion era, pues, para los romanos, cortar á los sitiados toda comunicacion con el exterior y, con su proverbial tenacidad, rendir por hambre á sus enemigos. Los cónsules comenzaron, á fines de mayo de 262, el ataque, emplazando un campamento fortificado al Este de la ciudad, junto á un templo de Esculapio y solo á una distancia de 24 minutos de las líneas enemigas. Resistida una violenta salida que intentaron los cartagineses, colocaron los romanos al Sudeste de Agrigento y en la direccion de Heraclea Minoa, un segundo campamento que, al Norte y al Sur de la ciudad, estaba unido con el primero por medio de una doble cadena de fortificaciones. De esta manera tan sencilla tuvieron á Agrigento completamente cercada y se aseguraron de cualquier ataque de un ejército enemigo. En esta situacion, dejaron que los sitiados sufrieran por espacio de cinco meses las consecuencias que la falta de víveres habia de hacer sentir á los habitantes y á los soldados, mientras que ellos se proveían abundantemente en los almacenes que, situados junto á Erbesos, al Nordeste de la ciudad, habian sido suficientemente dotados de víveres por Hieron. Por fin los de Agrigento se vieron en tales apuros, que Hannon hubo de decidirse á renunciar en otoño á su expedicion naval, y á tentar desde Heraclea Minoa, con un ejército de 50,000 hombres, 6,000 caballos y 50 elefantes, un golpe decisivo. Habiendo conseguido apoderarse de Erbesos y de los almacenes romanos y derrotar con su excelente caballería nómada á la de Roma, pudo aventurarse á sentar sus reales á un cuarto de milla del enemigo y á bloquear á su vez á los sitiadores de Agrigento, los cuales, á pesar de los auxilios que les envió Hieron, se encontraron en una situacion en extremo grave. Dos meses trascurrieron de esta suerte, durante los cuales tomó carácter alarmante la posicion de los romanos. Una circunstancia, sin embargo, vino á sacarles de apuros: Anibal, que, por falta de víveres, no podia ya sostenerse por mas tiempo en Agrigento, indujo á Hannon á intentar un poderoso ataque combinado contra las líneas enemigas. Entonces volvió á mostrarse la superioridad de la infantería romana, y todas las tentativas que hicieron los de Agrigento para romper las fortificaciones de los sitiadores fueron completamente inútiles: al propio tiempo, la formal batalla librada por los cónsules contra el ejército de Hannon terminó con la derrota completa de los cartagineses que, desbandados y casi destruidos, huyeron hácia Heraclea. El general Anibal, aprovechando el cansancio de los romanos, consiguió salir de Agrigento con sus tropas, durante la noche que siguió á la lucha, y refugiarse en la escuadra; pero entonces la ciudad cayó por fin (á fines del año 262) en poder de Roma, y su poblacion civil fué considerada como botin de guerra y vendida como esclava.

La conquista de Agrigento, conseguida á tanto precio, no fué solo un hecho importante para los romanos bajo el punto de vista militar, sino que tuvo trascendencia suma durante el curso posterior de la guerra; pues cuando las tropas cartaginesas se vieron arrojadas y reducidas á las antiguas fortalezas fenicias de las costas occidentales de Sicilia, pareció natural á los romanos, cuya audacia, confianza y energia aumentaban á cada éxito conseguido en el estadio de la guerra, dar á la lucha un objetivo mucho mas elevado del que pocos años antes habian concebido. El motivo de la guerra, es decir, Mesina, pronto fué dado al olvido, y el Senado y el pueblo de Roma concibieron el atrevido pensamiento de proseguir con recursos itálicos el proyecto del príncipe ita-

liota y de Pirro, consistente en arrojar para siempre de Sicilia á los cartagineses. Los incalculables sacrificios que era preciso hacer para llevar á cumplido término tan arriesgado plan, harto daban á comprender que, al terminar la guerra, toda la parte de la isla que no perteneciera al rey de Siracusa ó á los aliados mamertinos, sería considerada como botín de guerra y propiedad del pueblo romano.

Pronto se hizo manifiesto que el atrevido plan de los romanos no podría realizarse solo con luchas de tierra y con batallas y cercos en Sicilia: ya durante el año 261, en que los romanos se habían apoderado de importantes plazas fuertes del suelo siciliano, se vió claramente que la posesión de su gran armada daría siempre á los cartagineses una importante preponderancia y sería una constante amenaza para los romanos aqueñe y allende el estrecho de Reggio, pues los buques de guerra de Cartago no solo impedirían el bloqueo y la carestía en las fortalezas cartaginesas de la costa, sino que podrían, por un lado, hostilizar las plazas marítimas de Sicilia que poseían los romanos, y por otro, tener constantemente en jaque todo el litoral itálico. Ciertamente no tenía caudillo alguno que se aventurase á conducir un ejército á Italia, ó, por lo menos, á seguir el ejemplo que durante la guerra peloponésica había dado el ateniense Demóstenes al apoderarse de Pilos; cierto también que los romanos podían resistir con sus colonias marítimas todo desembarque de los cartagineses en la península; pero no obstante Italia habría de sufrir mucho con las escuadras de bloqueo y con las expediciones en corso de los cartagineses, y sobre todo el comercio exterior de Italia, especialmente con las ciudades del Sur de Grecia, habría de verse herido de muerte. La débil marina de guerra de los romanos con sus triremes y barcos, no se encontraba en estado de luchar con los fuertes tetra-remes y pente-remes (buques de cuatro y cinco órdenes de remos), que eran las embarcaciones que con preferencia lanzaba entonces á la mar el adelantado arte de construcción naval de los cartagineses y de los lágidas. En tal situación, los romanos hubieron de decidirse á hacer la difícil tentativa de acosar al adversario en su propio elemento; en otras palabras, trataron de formar una escuadra de guerra nacida en cierto modo de la misma escuadra púnica; y gracias á la infatigable energía de los romanos, esta empresa se vió coronada por el mejor éxito.

El Senado no pensó en pedir para ello auxilio extranjero, ni aun el de Siracusa, pues se trataba de formar una escuadra verdaderamente nacional, y acordó construir de una sola vez veinte triremes y cien pente-remes. Para estas últimas sirvió de modelo una embarcación cartaginesa que en 264 una tempestad había arrojado á las playas itálicas. La energía de los romanos y los poderosos recursos con que contaba Roma pudieron, según dice la tradición, terminar las embarcaciones en el espacio de 60 días. En esta tarea tomaron parte probablemente constructores etruscos y griegos, y no sería de extrañar que algunos de los nuevos buques, en vez de ser construidos en el Tíber, lo hubiesen sido en los astilleros etruscos é italiotas. Los oficiales que habían de mandar esta nueva escuadra fueron tomados de la marina mercante itálica é italiota, lo propio que los marineros y remeros, entre los cuales, según se dice, hubo no pocos novicios que, algún tiempo antes de botar los buques al agua, hubieron de adiestrarse en el manejo de los largos remos. Gracias á la poderosa actividad de los romanos, la nueva escuadra pudo hacerse á la mar en la primavera del año 260 antes de Jesucristo.

Los antiguos y avezados almirantes y oficiales de Cartago, pagados de la superioridad de que por tantos años habían gozado sobre las demás escuadras de aquel tiempo, vieron con desden y sarcástica compasión aquellos «ratones de

tierra» romanos que se atrevían á entrar en lucha con el poderoso elemento. Realmente era una temeridad, con unas tripulaciones de las cuales una parte no conocía los azares marítimos, otra apenas se había familiarizado con el servicio de guerra naval, y todas en general, reunidas por vez primera eran poco conocedoras de sus embarcaciones, atreverse á luchar contra antiguos marineros que eran tenidos por maestros en el arte de las maniobras navales que decidían la suerte de un combate. La confianza de los cartagineses llegó á verdadera petulancia, cuando el cónsul Cneo Cornelio Escipión, que con los diez y siete buques primeramente terminados se dirigió á Mesina, se dejó engañar en el puerto de Lipari, donde fueron cogidos los buques por el cartaginés Bogud, como en una ratonera, desventura que valió al cónsul el apodo sarcástico de Asina. Pero cuando el almirante Aníbal, el defensor de Agrigento, se dirigía, seguro de la victoria, con 50 buques, contra la principal escuadra romana, que navegaba en aguas itálicas con rumbo al Sur, la encontró inesperadamente al doblar un promontorio; y como los cartagineses navegaban desprevenidos y sin orden, fuéles en extremo fácil á los romanos apoderarse de algunos de sus buques.

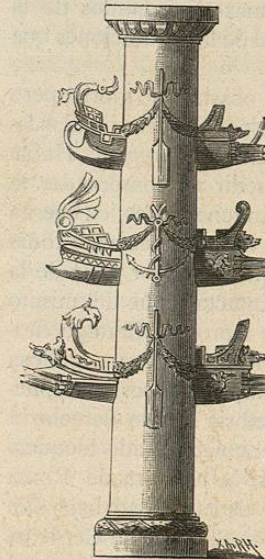
V. — VICTORIA NAVAL DE DUILIO EN MILE. VICTORIA NAVAL DE LOS ROMANOS EN EKNOMOS

Esto fué considerado por los cartagineses como un percance desagradable sí, aunque de ninguna importancia; pero la cosa tomó un carácter mas serio cuando se vieron por vez primera frente á los romanos en un combate naval en regla. En reemplazo del prisionero Escipión, había tomado el mando de la escuadra el otro cónsul primitivamente destinado para la guerra de Sicilia, Cayo Duilio, descendiente de una familia plebeya, famosa en la antigua vida parlamentaria de Roma, el cual no titubeó en atacar á los cartagineses, que desde su estación principal de Panormo asolaban las costas septentrionales de la isla. Las dos escuadras se encontraron en las cercanías de Mile (hoy Milazzo): el almirante púnico, Aníbal, que desde su poderosa embarcación de siete órdenes de remos, tomada en otro tiempo al rey Pirro, dirigía los movimientos de sus 140 buques, creyó segura la victoria, en primer lugar porque sus fuerzas eran superiores en número á las de su enemigo, y en segundo, porque las embarcaciones de los romanos se movían muy pesadamente y con mucha mas dificultad que las veleras de los cartagineses, que obedecían á una dirección excelente. Mas pronto debió convenverse de lo contrario: Duilio sabía muy bien que los buques romanos estaban perdidos si intentaban imitar los elegantes movimientos con que la escuadra cartaginesa procuraba cercar á sus adversarios, y esperó una ocasión propicia para caer sobre ella. Por fin pudo romper el círculo de remos que le envolvía y tomar de costado á las embarcaciones cartaginesas, con lo cual logró pasarlas por ojo, ó por lo menos, darles un violento choque con el terrible espolón que á proa llevaban las de los romanos, choque que las inutilizaba ó las hacía irse á pique. El prudente romano había utilizado los conocimientos de una inteligente táctica, gracias á la cual rechazó perfectamente los ataques de los marineros cartagineses. Había mandado poner en la proa de sus embarcaciones una especie de puentes levadizos de 36 piés de longitud y provistos de garfios que iban unidos á unos mástiles de 24 piés de altura: estos puentes, con una especie de parapeto á cada lado, eran de un ancho capaz para dos hombres, y se hallaban fijados de tal manera, que podían, por medio de amarras, subirse y bajarse á voluntad, y girar en todas direcciones. Cuando en las cercanías de Mile se presentó la vanguardia de la escuadra púnica, compuesta de 30 buques, arrojándose de pronto sobre los romanos, estos alzaron en seguida todos sus puen-

tes sobre las embarcaciones enemigas y las amarraron con los garfios de hierro que, puestos al extremo del puente, se clavaron en la madera de los buques cartagineses, después de lo cual, con los pilos y las espadas comenzaron la matanza de las tripulaciones africanas. Pronto quedó destruida la vanguardia púnica, fracasando cuantos esfuerzos intentó para hacer presa en los romanos. Los cartagineses, después de perder 50 de aquellas penteremes en que con tanto orgullo navegaban, hubieron de emprender la fuga. Lo inconcebible había acontecido: los primeros marineros del antiguo mundo

hubieron de humillar su bandera ante los rústicos labradores itálicos. El orgulloso Senado de Cartago tuvo el triste presentimiento de que el sol de su fortuna caminaba hácia su ocaso.

La impresión moral que la noticia de esta victoria produjo en Italia fué prodigiosa: los romanos, conociendo ya perfectamente sus fuerzas, concedieron á Duilio los honores de la primera victoria naval. Dada la sencillez de aquel tiempo, una de las distinciones que se le hicieron fué que al retirarse por la noche á su casa, le acompañaran hombres con antorchas y tocadores de flauta. Además, el Senado mandó levantar en el Foro una columna de mármol, en la cual se veían las proas de los barcos apresados á los cartagineses (*columna rostrata*), y una inscripción que perpetuara el recuerdo de la famosa victoria por Duilio conseguida. Hoy nos quedan todavía los restos de una copia de esta columna que se hizo en tiempo de Tiberio.



Columna rostrata, erigida en honor de Duilio

No obstante esta derrota marítima, no se desanimaron los cartagineses, calculando que los romanos, á pesar de sus puentes, no siéndoles agradable la guerra naval ni la vida marítima, no podrían humillar en los mares la bandera cartaginesa. En realidad, la victoria de Mile no tuvo por de pronto grandes consecuencias, y solo ofreció la posibilidad de tener á raya los progresos de un nuevo general cartaginés, dotado de excepcionales condiciones, que después de la derrota de Agrigento había tomado el mando de las tropas en Sicilia y, ora por las armas, ora excitando una parte de la levantisca población siciliana, preparaba grandes dificultades á los romanos. Este general era Amílcar, de cuyos ataques solo con grandes trabajos logró Duilio salvar á la ciudad de Egesta, y que había transformado á Drepana en una plaza fuerte trasportando á ella la población de Erice. Durante los años de 259 y 258, Amílcar dió mucho que hacer á los romanos en Sicilia, teniendo entonces la guerra grandes alternativas. Cuando varias de las ciudades de Sicilia, entre ellas Enna y Camarina, que habían caído en poder de los romanos, fueron reconquistadas por los cartagineses, tomó la guerra, por parte de las tropas romanas, un carácter tal de crueldad, que la isla vió durante largo tiempo turbado su habitual bienestar.

Entre tanto, el teatro de la guerra se había ido extendiendo por el Oeste, pues los romanos, á las órdenes del cónsul Lucio Cornelio Escipión, arrojaron en 259 á los cartagineses de Córcega, pusieron guarnición en el puerto de Aleria, y en 258 emprendieron sus ataques contra Cerdeña. Cuando, por fin, en el mismo año 258 hubieron recuperado las armas

romanas su preponderancia en Sicilia, y la escuadra romana, no sin gloria, consiguió una nueva victoria naval en Tyndaris, al Sudoeste de Mile (257), tomó el Senado el acuerdo de dar á la guerra un nuevo giro que, según todos esperaban, había de decidir de ella en definitiva; y realizando el antiguo pensamiento de Pirro, trató de atacar á los cartagineses en sus propios dominios africanos.

No es probable que los romanos hubiesen entonces pensado en destruir hasta los cimientos del enemigo imperio africano. Dada la situación política de ambas potencias beligerantes, y teniendo en cuenta los medios que los romanos habían de emplear en el Africa, es de presumir que el Senado solo quería tentar una experiencia en aquellos territorios, y, operando una diversion de fuerzas é intimidando á los cartagineses, evitar que nuevos ejércitos africanos pasasen á Sicilia. Quizá también esperaba Roma que los cartagineses, al verse en tan apurado trance, solicitasen á toda prisa una paz honrosa. Lo principal, en todo caso, era ordenar la traslación de un ejército itálico al Africa, para lo cual se puso á la escuadra romana en las debidas condiciones. Era, asimismo, preciso vencer los obstáculos que los cartagineses, prevenidos de los intentos de Roma, habían de oponer á los romanos en su travesía y conservar al propio tiempo las relaciones entre el ejército que acampara en Africa y la base sicilio-itálica de operaciones. Hízose á la vela en la primavera de 256 una escuadra de 330 grandes buques de guerra que, navegando hácia el Sur y procedente del cabo Pachynum (Pasaro), debía embarcar en las costas septentrionales de Sicilia, junto á la desembocadura del Himera (al Oeste de Agrigento) el ejército de tierra que se componía de cuatro legiones mandadas por los cónsules M. Atilio Régulo y L. Manlio Volso, formando un total de 40,000 hombres. Entonces se trató únicamente de vencer á la escuadra cartaginesa, compuesta de 350 buques, que al mando de Hannón y Amílcar se oponía á su paso, procedente de Heraclea Minoa. Las dos escuadras libraron, junto á las alturas del promontorio Ecnomo, cerca de la desembocadura del Himera, uno de los combates navales mas sangrientos de la antigüedad, en el cual tomaron parte 140,000 romanos y 150,000 cartagineses, es decir, un conjunto de cerca de 300,000 hombres. Ambos contendientes dieron pruebas de conocer el arte de la guerra. Los africanos se extendieron en una extensa línea que apoyaba su ala izquierda en la costa, y pensaron rebasar las líneas romanas dirigiendo su principal ataque á los flancos.

Los romanos en cambio, habían dividido su escuadra en cuatro partes, con tres de las cuales formaron, á modo de cuña, un triángulo en cuyo vértice se encontraban los dos cónsules con sus capitanas. A derecha é izquierda se encontraban de este modo situadas diagonalmente dos de las divisiones romanas, mientras que la tercera, ó sea la base del triángulo, que conducía los caballos y las provisiones, llevaba á remolque una porción de barcos de transporte. Mas atrás se había colocado la cuarta división que llevaba á bordo los triarios. Los romanos comenzaron la batalla y con su cuña consiguieron fácilmente atravesar la línea cartaginesa, cuyo centro, siguiendo el plan de los cartagineses, se retiró en seguida: pero como la tercera división, ó sea la de los remolques, no pudo seguir la rapidez de los movimientos de las otras, pronto quedó un vacío entre ellas; entonces se arrojó de pronto sobre ella por orden de Amílcar el ala izquierda púnica, mientras la derecha se dirigía al encuentro de la cuarta división, es decir, de la que llevaba los triarios, de suerte que pronto la batalla se dividió en tres combates parciales, habiéndose, por tanto, mostrado muy superior á la de los romanos la táctica de los cartagineses. Pero en los combates parciales la ventaja estuvo de nuevo por los romanos, gracias